

llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo D. Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que asi se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la universidad de Paris; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea asi como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el ható y el garabato. Pideselo tú á Dios, hijo, dijo D. Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y atíentame con el dedo, y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: ¿cuántas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió D. Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo D. Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hizolo asi Sancho; y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de D. Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenerle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fue lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo D. Quijote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por nó no será malo proveernas de remedio. Pues si ello es asi, dijo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no habia de bueno en ello era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage; y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fue que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real, á una ó dos leguas de buena razón hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que iban venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas

se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote, el cual animándose un poco dijo : esta sin duda, Sancho, debe de ser grandisima y peligrosisima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y ezfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo fue porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mí espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de las cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban : iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva, Esta extraña vision á tales horas y en tal despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho y aun en el de su amo, y asi fuera en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo : lo contrario le avino á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros : figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz y dijo : deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de donde venis, adonde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho,

ó vos han fecho algun desaguisado, y conveniense y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos hicieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis; y picando la mula pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente D. Quijote, y trabando del freno dijo: deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie, viendo caer el encamisado comenzó á denostar á D. Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él tierra, y revolviéndose por los demas era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobs no se podian mover, así que muy á su salvo D. Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro diciendole que se rindiese, si no que le mataria, á lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traído aquí, dijo D. Quijote, siendo hombre de iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, si no me satisfacéis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denantes dije que yo era licenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Al-

covendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza donde fué depositado, y ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó Don Quijote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. Desafortunadamente, dijo D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera si á mí mismo me matara: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propriamente semejabades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dijo D. Quijote, ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afán? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y D. Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho.

Dijole tambien Sancho : si acaso quisieren saber esos señores quién ha sido el valeroso que tales los puso , diráles vuestra merced que es el famoso D. Quijote de la Mancha , que por otro nombre se llama *El caballero de la triste figura*. Con esto se fue el bachiller , y Don Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *El caballero de la triste figura* mas entonces que nunca. Yo se lo diré , respondió Sancho , porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante , y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá que jamas he visto : y débelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate , ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso , respondió D. Quijote , sino quel el sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas , le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados : cual se llamaba *El de la ardiente espada*, cual *El del unicornio*, aquel *De las doncellas*, aqúeste *El del ave fenix*, el otro *El caballero del grifo*, estotro *El de la muerté*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra ; y asi digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llames *El caballero de la triste figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante ; y para que mejor me cuadre tal nombre determino de hacer pintar cuando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para que , señor , querer gastar tiempo y dineros en hacer esa figura , dijo Sancho , sino lo que se ha de hacer es que vuestra merced descubra la suya , y dé rostro á los que le miraren , que sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le llamarán *El de la triste figura* ; y créame que le digo verdad , porque le prometo á vuestra merced , señor ( y esto sea dicho en burlas ) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que , como ya tengo dicho , se podrá muy bien excusar triste pintura. Rióse D. Quijote del donaire de Sancho ; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela , como habia imaginado , y dijole : yo entiendo , Sancho , que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada *juxta illud : si quis suadente diabolo etc.* , aunque sé bien que no puse las manos , sino este lanzon ; quanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la iglesia , á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy , sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo ; y cuando eso así fuese , en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel rey delante de su santidad el papa , por lo cual le descomulgó , y anduvo aquel día el buen Rodrigo de Vivar como muy

honrado y valiente caballero. En oyendo esto el bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho diciéndole : señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto : esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en que entender : el jumento está como conviene, la montaña es cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies, y como dicen váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza; y antecogiendo su asno rogó á su señor que le siguiese, el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió : y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiamblera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian ; mas sucedióles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fue que no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca; y acosados de la sed dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fue acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á D. Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedaron comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no

les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado docientos pasos cuando llegó á sus oídos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia qué parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguló el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compas, con un cierto crujir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazón que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, oscura, y ellos acertaron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la oscuridad, el ruido de la agua con el susurro de las ojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero D. Quijote, acompañado de su intrépido corazón, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada como suele llamarse: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes, y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de la famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos hicieron: bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destes árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oídos; las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras; pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los cuales si no volviere pue-



des tú volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle : señor, yo no sé por qué quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura : ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias ; y pues no hay quien nos vea , menos habrá quien nos note de cobardes : cuanto mas que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que vuestra merced muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él : asi que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desafortado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro ; y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser mantenido como yo lo fui, y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto : y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale el pensar y creer que apenas se habrá vuestra merced apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla : yo salí de mi tierra y dejé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas y no menos ; pero como la codicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada insula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano : por un solo Dios, señor mio, que non se me haga tal desaguisado ; y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la linea del brazo irrequiero. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo D. Quijote, ver donde hace esa linea, ni dónde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan oscura que no parece en todo el cielo estrella alguna ? Asi es, dijo Sancho ; pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió D. Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero : y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en

corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza : lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y cuan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y así cuando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante; de manera que cuando D. Quijote se quiso partir no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos, Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste dijo : ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, serà enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto D. Quijote, y por mas que ponía las piernas al caballo, menos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo : pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que lloras, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo D. Quijote; ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que ya haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo sin osarse apartar dél un dedo : tal era el miedo que tenía á los golpes que todavía alternativamente sonaban. Dijole D. Quijote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido : á lo que Sancho dijo que si hiciera si le dejara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano es la mejor de las historias, y esteme vuestra merced atento que ya comienzo : érase que se era, el bien que viniere para

todos sea; y el mal para quien lo fuere á buscar; advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fue una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: *y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo. como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si nó no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlas de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Di como quisieres, respondió D. Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi anima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dijo D. Quijote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento me dijo que era tan cierto y verdadero, que podia bien cuando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo y mala voluntad, y la causa fué segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fue tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesan jamas: la Torralva que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dijo D. Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por

obra su determinacion , y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo se fue tras él, y seguiale á pie y descalza desde lejos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no se qué botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél: sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo D. Quijote, no andes yendo y viniendo desá manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, respondió D. Quijote. He ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. Cómo puede ser eso? respondió D. Quijote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dijese cuántas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fe que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo D. Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígame de verdad, respondió D. Quijote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla jamas se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu

buen discurso ; mas no me maravillo , pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser , respondió Sancho ; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir , que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere , dijo D. Quijote , y veamos si se puede mover Rocinante : tornóle á poner las piernas , y el tornó á dar saltos y á estarse quedo : tanto estaba de bien atado. En esto parece ser ó que el frio de la mañana que ya venia , ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas , ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) , á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él ; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon , que no osaba apartarse un negro de uña de su amo : pues pensar de no hacer lo que tenia gana , tampoco era posible , y asi lo que hizo por bien de paz fue soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero , con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna , y en quitándosela dieron luego abajo , y se le quedaron como grillos : tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo , y echó al aire entrambas posaderas , que no eran muy pequeñas : hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor , que fue que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido , y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros , recogiendo en si el aliento todo cuanto podia ; pero con todas estas diligencias fue tan desdichado , que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido , bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo D. Quijote y dijo : ¿ qué rumor es ese , Sancho ? No sé , señor , respondió él , alguna cosa nueva debe de ser , que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco : tornó otra vez á probar ventura , y sucedióle tan bien , que sin mas ruido ni alboroto que el pasado se halló libre de la carga qu tanta pesadumbre le habia dado : mas como D. Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos , y Sancho estaba tan junto y cosido con él , que casi por linea recta subian los vapores hácia arriba , no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices , y apenas hubieron llegado cuando él fue al socorro apretándolas entre los dos dedos , y con tono algo gangoso dijo : pareceme , Sancho , que tienes mucho miedo. Sí tengo , respondió Sancho ; ¿ mas en qué lechea de ver vuestra merced ahora mas que nunca ? En que ahora mas que nunca hueles , y no á ambar , respondió D. Quijote. Bien podrá ser , dijo Sancho , mas yo no tengo la culpa , sino vuestra

merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo D. Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió D. Quijote. En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo pues D. Quijote que ya Rocinante se movia lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy oscura: sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podia causar, y asi sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante; y tornando á despedirse de Sancho le mandó que alli le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario rata por cantidad del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida insula. De nuevo tornó á llorar Sancho oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho á pie, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una bu-

na pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandisimo golpe de agua : al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole D. Quijote se fue llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrisono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, á lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando D. Quijote vió lo que era enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolia tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse : y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisga : has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro : yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos ; y por aquí fue repitiendo todas ó las mas razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues D. Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha

humildad le dijo : sosiéguese vuestra merced , que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo , respondió D. Quijote. Venid acá , señor alegre , ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura , no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha , siendo como soy caballero , á conocer y distinguir los sones , y saber cuáles son de batanes ó no? y mas que podria ser , como es verdad , que no los he visto en mi vida , como vos los habreis visto , como villano ruin que sois , criado y nacido entre ellos : si no , haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes , y echádmelos á las barbas uno á uno , ó todos juntos , y cuando yo no diere con todos patas arriba , haced de mi la burla que quisiéredes. No haya mas , señor mio , replicó Sancho , que yo confieso que he andado algo risueño en demasia ; pero dígame vuestra merced ahora que estamos en paz , asi Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta , ¿no ha sido cosa de reir , y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? á lo menos el que yo tuve , que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce , ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo , respondió D. Quijote , que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa ; pero no es digna de contarse , que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo menos , respondió Sancho , supo vuestra merced poner en su punto el lanzon , apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas : gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme ; pero vaya que todo saldrá en la colada , que yo he oido decir : ese te quiere bien que te hace llorar ; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas , aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos , si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dardo , dijo D. Quijote , que todo lo que dices viniese á ser verdad ; y perdona lo pasado , pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre : y está advertido de aquí adelante en una cosa para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo , que en cuantos libros de caballerías he leído , que son infinitos , jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo , y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia : tuya en que me estimas en poco ; mia en que no me dejo estimar en mas : sí que Gandalin , escudero de Amadis de Gaula , conde fue de la ínsula firme , y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano , inclinada la cabeza , y



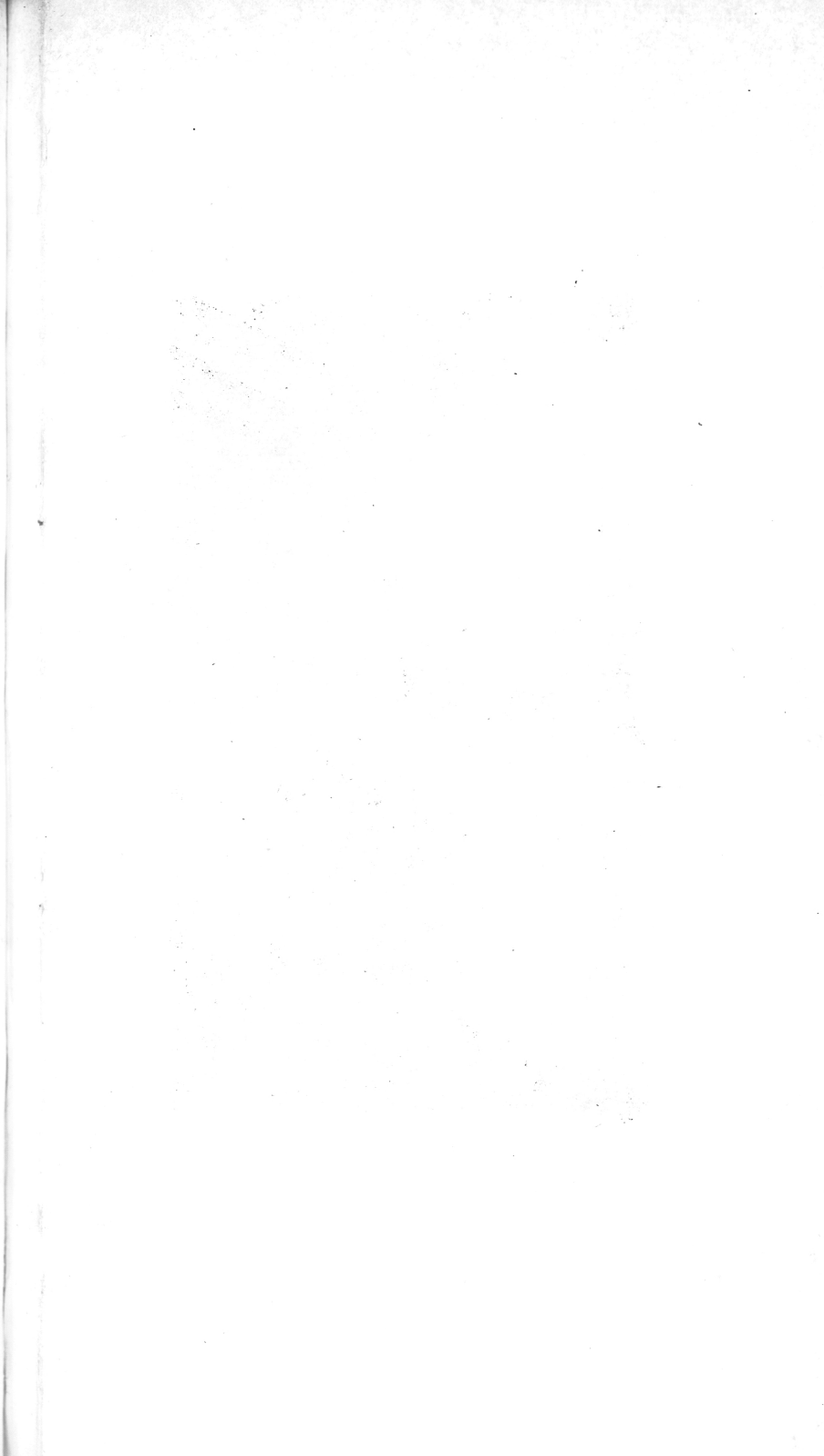
doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues qué diremos de Gasabal, escudero de D. Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero : asi que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro : las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto vuestra merced dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albañir. No creo yo, respondió D. Quijote, que jamas los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced; y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fue por lo que podria suceder, que aun no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas pensase mi ánima en el otro mundo; porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Asi es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de vuestra merced, si no fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desesa manera, replicó D. Quijote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

## CAPITULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habiáles cobrado tal aborrecimiento D. Quijote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y asi torciendo el camino á la derecha mano

dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De allí á poco descubrió D. Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y aun él apenas le hubo visto, cuando se volvio á Sancho y le dijo : paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice : donde una puerta se cierra otra se abre : dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche: digo esto porque, si no me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó D. Quijote, ¿ qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿ Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo D. Quijote : dime, ¿ no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo D. Quijote : apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho ; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso mas eso de los batanes, dijo D. Quijote, que voto... y no digo mas, que os batané el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso que el yelmo y el caballo y caballero que D. Quijote veia, era esto : que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y asi el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una haciá de azofar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover,





y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba : venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fue la ocasion que á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, y caballero y yelmo de oro : que todas las cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos : y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte : mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo : defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento : dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó D. Quijote, y dijo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido : mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos dijo : por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encáje, y como no se le hallaba dijo : sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandisima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vino-sele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De qué te ries, Sancho? dijo Don Quijote. Rióme, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino, Sancho, que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algun extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas : y en

este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, si no se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos cuando le santiguaron á vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo D. Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. También la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: cuanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie: de lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto D. Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábetes que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías: ¿qué pie sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue y pasatiempo, que á no entenderlo yo así ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes; y dijo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé también que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas; pero dejando esto aparte, dígame vuestra merced qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa y cogió las de villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas si no es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo D. Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dejarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita: así que, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me

parece tan bueno : verdaderamente que son estrechas las leyes de caballeria , pues no se extienden á dejar trocar un asno por otro , y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto , respondió D. Quijote , y en caso de duda hasta estar mejor informado digo que los trueques si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es , respondió Sancho , que si fueran para mi mesma persona no los hubiera menester mas ; y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio caparum* , y puso su jumento á las mil lindezas , dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron , bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirallos : tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto , que cortada la cólera y aun la malencolia subieron á caballo , y sin tomar determinado camino ( por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto ) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso , que se llevaba tras sí la de su amo y aun la del asno , que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía : con todo esto volvieron al camino real , y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno. Yendo pues asi caminando dijo Sancho á su amo : señor , ¿ quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él ? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago , y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograra. Dila , dijo D. Quijote , y sé breve en tus razonamientos , que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues , señor , respondió Sancho , que de algunos dias á esta parte he considerado cuan poco se gana y grangea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos , donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas , no hay quien las vea ni sepa , y asi se han de quedar en perpetuo silencio y en perjuicio de la intencion de vuestra merced y de lo que ellas merecen ; y asi me parece que seria mejor ( salvo el mejor parecer de vuestra merced ) que nos fuésemos á servir á algun emperador , ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra , en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona , sus grandes fuerzas y mayor entendimiento : que visto esto del señor á quien serviremos , por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos ; y alli no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria : de las mias no digo nada , pues no han de salir de los limites escuderiles ; aunque sé decir que si se usa en la caballeria escribir hazañas de

escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió D. Quijote; mas antes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo como en aprobacion buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal que cuando se fuere á la corte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen dando voces diciendo: este es el caballero del Sol ó de la Serpiente, ó de otra insignia alguna debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años: asi que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino; y asi como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea sus, salgan mis caballeros cuantos en mi corte estan á recibir á la flor de la caballería que allí viene, á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechisimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas hermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina que humana, y sin saber como, ni como, no han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber como se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos: desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto: venida la noche cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella: levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una hermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego



el rey que todos los que estan presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte: y lo bueno es que este rey ó principe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face: y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia: suspírará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por lo honra de su señora: finalmente la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la pártida, madruga muy de mañana, vase á despedir del rey y de la reina y de la infanta, diciéndole, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el caballero que es de pena de su pártida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linage de reyes ó no: asegura la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentia como la de su caballero sino en sujeto real y grave: consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas: vuelve á la corte, ve á su señora por donde suele, concíértase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios; no se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero con todo esto, ó robada, ó de

otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé que reino, porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose *El caballero de la triste figura*. No lo dudes, Sancho, replicó D. Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores: solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la corte: tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increíble por todo el universo, no sé yo como se podía hallar que yo sea de linage de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por muger si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: asi que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido: bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podría ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sexto nieto de rey: porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo, unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son que ya no fueron, y podría ser yo destes, que despues de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debía de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser: y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de

acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien también, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen : no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor cuadra decir : mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos : digolo porque si el señor rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa y trasponeila ; pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su muger se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa ; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legitima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo D. Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió D. Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aun te sobra, dijo D. Quijote, y cuando no lo fueras no hacia nada al caso, porque siendo yo el rey bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde cá-tate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fe que te han de llamar señoría mal que les pese. Y montas, que no sabría yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza : digo que le sabría bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fui muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropo-nducal á cuestras, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo D. Quijote; pero será menester que te rapas las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Qué hay mas dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí como caballero de grande. ¿Pues cómo sabes tú, preguntó D. Quijote, que los grandes llevan detras de sí á sus caballeros? Yo se lo diré, respondió Sancho : los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguía á caballo a todas las vueltas que daba,

que no parecia sino que era su rabo : pregunté que como aquel hombre no se juntaba con el otro hombre , sino que siempre andaba tras dél : respondiéronme que erá su caballerizo , y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales : desde entonces lo sé tan bien , que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon , dijo D. Quijote , y que asi puedes tú llevar á tu barbero , que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una , y puedes ser tú el primero conde que lleve tras sí su barbero ; y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo , dijo Sancho , y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser rey , y el hacerme conde. Asi será , respondió D. Quijote , y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XXII.

De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Benengeli , autor arábigo y manchego , en esta gravissima , altisonante , mínima , dulce é imaginada historia , que despues que entre el famoso D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo veinte y uno quedan referidas , que D. Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba venian hasta doce hombres á pié ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos , y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pie : los de á caballo con escopetas de rueda , y los de á pie con dardos y espadas , y que asi como Sancho Panza los vido dijo : esta es cadena de galeotes , gente forzada del rey , que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó D. Quijote : ¿Es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso , respondió Sancho , sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion , replicó D. Quijote , como quiera que ello sea , esta gente , aunque los llevan , van de por fuerza y no de su voluntad. Asi es , dijo Sancho. Pues desa manera , dijo su amo , aquí encaja la ejecucion de mi oficio , desfacer fuerzas , y socorrer y acudir á los miserables. Advierta vuestra merced , dijo Sancho , que la justicia , que es el mesmo rey , no hace fuerza ni agravio á semejante gente , sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegó en esto la cadena de

los galeotes, y D. Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas por qué llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su magestad, que iba á galeras; y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó D. Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia: añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: aunque llevamos aqui el registro y la fe de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á lellas: vuestra merced llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que si querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia que D. Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él respondió que por enamorado. ¿Por eso no mas? replicó D. Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias ha que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que vuestra merced piensa, dijo el galeote, que los míos fueron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aun hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante, no hubo lugar de tormento, concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó D. Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó D. Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico: mas respondió por él el primero, y dijo: este, señor, va por canario, digo que por músico y cantor. ¿Pues como? repitió D. Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Si señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he oido decir, dijo D. Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida. No lo entiendo, dijo D. Quijote: mas una de las guardas le dijo: señor caballero, cantar en el ansia se dice entre esta gente *non santa* confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espal-